

LUCIO GIL FAGOAGA EN LA CULTURA ESPAÑOLA DE SU TIEMPO

HELIO CARPINTERO

Universidad Complutense

FANIA HERRERO

Universidad Complutense

RESUMEN

Lucio Gil Fagoaga (1896-1989), catedrático de Psicología Superior en la Universidad de Madrid entre 1923 y 1966, representa una figura singular aunque fundamental en la historia del pensamiento y de la psicología españolas. Voluntariamente apartado de las posiciones filosóficas orteguianas entonces imperantes, así como de la perspectiva escolástica de la psicología que se instauraría en la Universidad de la pos-guerra civil, su original personalidad, individualista y creativa, se acercaría de un modo particular a la psicología aplicada, y contribuiría con su magisterio a conformar las mentes de quienes iban a ser los fundadores de la psicología española actual.

ABSTRACT

Lucio Gil Fagoaga (1896-1989), Chairman of Superior Psychology at the University of Madrid between 1923 and 1966, represents a singular, although fundamental, character in the History of Spanish thought and Psychology. Willingly separated from Ortega y Gasset's philosophical positions, as well as from the Scholastic perspective of Psychology that settled down at Spanish University after the Civil War, his original personality, individualistic and creative, approached in a particular way the field of applied psychology, and with his mastership greatly contributed to conform the mind of those called to be the founders of the Spanish Psychology of today.

INTRODUCCIÓN

La figura de Lucio Gil Fagoaga tiene un especial interés para los estudiosos de la historia de la Psicología en España. Por un lado, fue un profesor con una personalidad dinámica singularísima dentro del ámbito universitario madrileño de los años cincuenta; en una facultad entonces dominada por el pensamiento escolástico, que se entronizó en la universidad tras la guerra civil, la voz de Fagoaga introducía un sonido nuevo, tal vez disonante e inarmónico, que ampliaba los registros a que había que atender. La heterogeneidad de Gil Fagoaga respecto de su entorno tenía así un cierto papel regenerativo y liberador. Era, en cierto sentido, un ejemplo de «lo otro», de «las otras formas de pensamiento» que habían sido dispersadas por la consolidación de la línea de pensar dominante.

Al mismo tiempo, su particular estilo docente pudo contribuir a inclinar las mentes y los intereses de muchos de quienes tuvimos la suerte de estudiar con él en la dirección de los estudios psicológicos y antropológicos.

Por todo ello vale, pues, la pena pensar sobre lo que ha significado el doctor Fagoaga en el horizonte de nuestra cultura, ahora que en su ciudad natal, Requena, se ha constituido una fundación que lleva su nombre y conserva un importante legado de documentación en psicología.

CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL

Lucio Gil Fagoaga nació en Requena en 1896 y murió en la misma ciudad en 1989. Pertenece, por tanto, a una generación que podríamos llamar de 1900, que en literatura suele ser llamada «del 27». Recordemos otros nombres que pertenecerán a ella: los grandes poetas de la mencionada generación del 27 - Gerardo Diego, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Dámaso Alonso-, el filósofo Xavier Zubiri, historiadores del arte como Enrique Lafuente Ferrari y José Camón Aznar, y lo más importante, hay por primera vez un núcleo nutrido de personas cuya vida va a girar en torno a la psicología: Emilio Mira y López, el primer gran psicólogo español de altura internacional; José Germain, restaurador de la psicología en España tras la guerra civil, y su íntimo colaborador José Mallart; el primer psicoanalista, Ángel Garma; los psiquiatras Juan José López Ibor y Ramón Sarró, y el doctor Juan Rof Carballo, y las psicólogas y pedagogas María Soriano y Mercedes Rodrigo.

La generación es una unidad histórica, que resulta del hecho de que ciertos acontecimientos, modas o movimientos sociales y culturales afectan a los hombres a una cierta altura de la vida - la niñez, la juventud...- y marcan unas semejanzas de estilo vital que, independientemente de las

ideas concretas que llegue cada uno a tener, establecen una determinada comunidad de época (Marías, 1949).

Así, la generación de Fagoaga será una generación de primeros discípulos, de hombres instalados por fin en el horizonte intelectual de Europa. Pero hay que verla, para comprenderla adecuadamente, dentro de su horizonte, enmarcada por la obra y el perfil de las generaciones precedentes. Digamos unas palabras, por tanto, acerca de esas generaciones: la regeneracionista del 98, y la de 1886, es decir, para simplificar, de la generación de Unamuno y de la de Ortega y Gasset.

Nuestro país, en la primera mitad del siglo XIX, perdió el contacto creador con los grupos europeos que iban en vanguardia. La tremenda destrucción de la invasión francesa y la guerra de independencia, con la subsiguiente política reaccionaria de Fernando VII, la emigración de minorías europeístas, el cierre durante algunos años de las universidades, y la aparición de las guerras civiles carlistas tras su muerte, produjo un tremendo desnivel respecto de Europa. Al mismo tiempo que se va sucediendo la liquidación del imperio americano de España, se producen con enorme retraso la industrialización, la modernización del país, y la incorporación de la ciencia y las técnicas modernas (Carr, 1966).

Eso explica que a los jóvenes de la Restauración pudiera parecer una meta imprescindible producir la regeneración del país, y su paralela europeización. Joaquín Costa, Francisco Giner, los iniciadores de la Institución Libre de Enseñanza, entre los que cabe recordar al psiquiatra valenciano Luis Simarro, habían emprendido la tarea de acercar este país al mundo de la modernidad a través, principalmente, de la educación. Recuérdese el lema que se encuentra en algunas de las páginas de Ramón y Cajal: «a patria chica, alma grande» (Ramón y Cajal, 1981, 234), que supone el reconocimiento de España como una patria que no ha dado los frutos debidos en el mundo de la ciencia y del saber.

Los hombres del 98 añaden a todo ello un elemento esencial, que es la sensibilidad hacia los valores propios, la capacidad de reconocimiento del sentido profundo que late en la realidad histórica española. Como escribió Azorín, esta generación «ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos... da aire al fervor por el Greco, ya iniciado en Cataluña...; rehabilita a Góngora...; siente entusiasmo por Larra...; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma...;...no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior... y la curiosidad mental por lo extranjero y el espectáculo del desastre... han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España...» (Azorín, 1961, 27-28). Recordemos, tan solo, que a esa generación pertenecen no sólo los grandes

poetas y escritores de todos conocidos -Unamuno, Ganivet, Baroja, Machado, Valle Inclán-, sino también otros grandes escritores como Blasco Ibáñez, Arniches, los hermanos Álvarez Quintero, los grandes historiadores Menéndez Pidal, Asín Palacios y Gómez Moreno, pintores como Zuloaga y Rusiñol, o músicos como Granados y Falla, todos los cuales, cada uno a su manera, buscan dar una visión creadora desde la sensibilidad española.

La generación siguiente, a la que pertenecen nombres como los de Ortega, Azaña, Marañón, el doctor Lafora, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Miró, Picasso o Eugenio d'Ors, está ya plenamente instalada en el mundo europeo de su tiempo. Son, como diría Ortega, «muy siglo XX», y si primero se han reunido estrechamente muchos de ellos en torno a una revista que llamarán *España*, más tarde lo harán alrededor de la *Revista de Occidente*, cuyo nombre indica a las claras una voluntad de europeísmo, o si se prefiere, de occidentalismo. La influencia del pensamiento europeo, particularmente del alemán, transforma profundamente el mundo técnico y filosófico español. La fórmula escueta a que llegó Ortega sintetiza bastante bien la actitud de todos estos hombres: Primero, vieron que «España es el problema, y Europa la solución» (Ortega, 1957, 521); luego, añadieron a ello la segunda ecuación: «Europa = ciencia». Es decir, ante los problemas de un país que tenía una deficiente vertebración social, una tecnificación e industrialización insuficientes, y una educación básica limitada a ciertos grupos y capas sociales, requirieron la aplicación de un principio general - el de la creación de instituciones y de órganos de comunicación; habían de reclamar la organización de la competencia, es decir, que un espíritu de competencia en las diversas esferas y asuntos dominase por doquier.

El esfuerzo de estas dos generaciones trajo el mundo cultural de nuestro país a un nivel de esplendor sobresaliente, al tiempo que la progresaba la modernización del país, pero sin lograr resolver la inarmonía social que afectó tan hondamente a nuestra sociedad en las primeras décadas de este siglo. Al tiempo que se agitaba el ejército, envuelto en una guerra de África impopular, y se rompía una y otra vez la paz social particularmente en las zonas industriales del país, sobre todo en Cataluña, había por primera vez en mucho tiempo un importante grupo de maestros en artes, humanidades y ciencias, a los que los jóvenes podían escuchar. Había un espíritu que d'Ors había llamado *Noucentisme*, novecentismo, que aspiraba a combinar humanismo y sociedad.

En ese marco, y por lo que se refiere a la psicología, había triunfado el interés filantrópico que impulsaría a aplicar el nuevo estudio del hombre a su mejor adaptación a la vida personal y social. Desde 1922, ya se iban

a poder leer en español las modernísimas ideas de Sigmund Freud; desde unos años antes, ya se hablaba de medir con tests las habilidades de los jóvenes estudiantes y aprendices; incluso cabía rehabilitar a los obreros accidentados, buscando reeducarlos para nuevos puestos profesionales compatibles con sus defectos y lesiones. En general, la ciencia española brillaba ya en el mundo, singularmente gracias a la obra inmensa de Ramón y Cajal, y se podía adquirir formación en centros extranjeros gracias a la labor de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907, institución que promovía la renovación intelectual del país con enorme eficacia.

No es de extrañar, pues, que en ese horizonte un considerable número de jóvenes se orientaran a las humanidades, a las ciencias sociales, y, entre estas, a la psicología. Y en ese entorno lleno de promesas y riesgos, hay que introducir la personalidad singular de Lucio Gil Fagoaga.

LA SIGNIFICACIÓN DE GIL FAGOAGA

Gil Fagoaga ha sido, sobre todo, eso: una personalidad singular. Todas lo son, ciertamente; pero él pertenece a no dudar al grupo de quienes expresan, y voluntariamente, acentúan sus rasgos diferenciadores, distanciándose de todo posible aparente conformismo. Junto a una voluntad de clasicismo -calma, firmeza, criticismo, alegría que supera el dolor-, de que siempre hizo gala en sus clases, notemos aquí esos rasgos que coinciden en subrayar su «independencia» ante lo establecido y su «criticismo». Porque ambos permiten, en cierto sentido, explicar su figura y su obra.

Para empezar, pongamos delante de los ojos los elementos que hay que comprender. Primero, nos encontramos con su figura de catedrático de psicología dentro de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Madrid, cátedra que ocupó desde 1923 a 1966 -con el intervalo dramático de la guerra civil-, por espacio de 43 años. Por otro lado, contamos con su obra, breve, iniciada en clave filosófica, luego reorientada hacia la psicología. ¿Y qué rasgos muestran?

En la Facultad de Filosofía madrileña, antes de la guerra, dominaba sin duda el pensamiento filosófico de Ortega. Los nombres de Ortega y Gasset, de Xavier Zubiri, de Manuel García Morente y José Gaos, a los que luego habría que unir los de María Zambrano, y también Pedro Caravia, que se iban iniciando como ayudantes en la enseñanza en los años de la República, tenía una orientación general que hacía de la filosofía una exploración sistemática de la vida humana, concebida como existencia, como una estructura dinámica que integra al yo de cada cual con su mundo o circunstancia.

Ha recordado fundadamente Racionero que había otras cosas en aquella facultad, otras líneas de pensamiento (Racionero, 1995). Allí estaba la figura señera de Julián Besteiro, quien desde un positivismo psicológico había ido avanzando hacia el marxismo teórico y el socialismo aplicado. Y allí estaba, ciertamente, Gil Fagoaga, sin duda alejado de todos los demás, y vinculado a la figura de quien había sido su mentor y guía, Adolfo Bonilla.

Fagoaga aparece centrado en la psicología, tras una juvenil etapa de interés por la estética, disciplina que nunca dejaría de sentir como propia. Su acceso a la psicología, tras un fracaso anterior en su deseo de obtener la Cátedra de Estética, le hubo de enfrentar con una serie de personalidades muy notables del momento. Aspiraban a aquella don Juan Zaragüeta, discípulo de Mercier en Lovaina, sacerdote profesor del Seminario y autor de obras serias sobre la voluntad y los procesos psicológicos; Joaquín Carreras Artau, catedrático de instituto en Barcelona, más tarde profesor en la Universidad de Barcelona; Joaquín Xirau, formado en la Institución Libre de Enseñanza, más tarde profesor de pedagogía en Barcelona; el profesor gallego Juan Vicente Viqueira, quien murió poco tiempo más tarde, víctima de la enfermedad que le asedió desde su primera juventud. Viqueira, estrechamente relacionado con Giner y Cossío, hombre pues de la Institución, había trabajado seriamente la psicología con G.E. Müller en Gottinga, y tenía una sólida formación filosófica, tras estudiar con Bergson y Husserl. No es difícil pensar que el resultado negativo de la anterior oposición hubo de pesar considerablemente en la resolución positiva de esta prueba en favor de Gil Fagoaga. Desde el principio, el sistema de oposiciones ha estado en nuestro país alterado por filias y fobias de grupo y escuela. El tribunal, donde figuraban su maestro Bonilla San Martín, Julián Besteiro, Francisco Alcayde Villar, Pedro Font i Puig y Alberto Gómez Izquierdo, se decantó claramente a su favor (Navarro, 1994).

Alcanzada la cátedra de «Psicología Superior» en la Facultad de Filosofía, Gil Fagoaga se hallaba situado en el horizonte de la filosofía y la psicología que se estaba haciendo en el país. Precisemos un poco más esa su ubicación.

a) Su figura en el campo de la Filosofía

En el segundo cuarto de este siglo, y particularmente en la Facultad de Madrid, el pensamiento filosófico está dominado por la influencia de Ortega. En este sentido resultan significativas unas palabras de García Morente, decano de la Facultad de Filosofía en los años de la República

y figura señera del momento, que son parte de una conferencia suya sobre la filosofía en España pronunciada en Argentina en 1934:

«Podemos decir que existe en España una auténtica filosofía, con un sistema, con unos problemas perfectamente definidos, alimentándose con todo el fluir y toda la corriente de la filosofía universal, basada en ésta, pero sobre ella planteando nuevas exigencias con nuevos métodos, para seguir adelante. Esta escuela filosófica en torno a don José Ortega y Gasset..., el comprobar que por primera vez nos hallamos en presencia de un verdadero sistema que ofrece base y plataforma para ulteriores desenvolvimientos, es por lo que yo creo que ha llegado el momento de tener esperanzas de que exista pronto en España, no sólo la gran figura de don José Ortega y Gasset, sino otras figuras que vayan desenvolviéndose en una aportación considerable de España en la filosofía universal... Por ahora, esta filosofía de la vida está perfectamente encuadrada dentro de lo que son las propensiones y los alientos del alma española. En este sentido tengo un gran optimismo acerca de España» (García Morente, 1996, 15).

Y entre los nombres de jóvenes que menciona, se hallan los de Xavier Zubiri, José Gaos, Joaquín Carreras Artau, y Joaquín Xirau.

Junto a la influencia de Ortega, y a su través, se hacía allí notar la presencia de la fenomenología, de Husserl y Scheler; también la de la filosofía de la existencia de Heidegger, y en conjunto, los análisis metafísicos se centraban en el análisis de esa estructura dinámica que integra y contrapone "yo" y "circunstancia", que Ortega había llamado desde sus primeros escritos «mi vida», o «la vida humana».

Dentro de ese horizonte, Fagoaga iba a situarse en línea con su maestro Bonilla, como ya se ha dicho, y con su más lejano mentor, el alemán Paul Deussen (1845-1919), profesor muchos años en la Universidad de Kiel. También aquí se parte del sistema de apariencias y fenómenos que constituyen la experiencia. Tales apariencias están fundadas en un trasfondo de realidad que nunca alcanzamos a representarnos adecuadamente; y se presentan y enfrentan al dinamismo de la personalidad. Para referirse a ese dinamismo último del sujeto, Fagoaga hacía en sus clases referencia a la frase castiza: ¡Dale con alma!; ahí concentraba esa vivencia del alma, de la realidad del sujeto, como una fuerza, como un poder activo, que se muestra en sus efectos, en el choque con lo que le resiste, con la realidad objetiva.

Otros han examinado con mayor rigor las intuiciones filosóficas que pueden latir en su obra, singularmente en su obra inédita. Lo que quiero

significar aquí es que, primero, al colocarse junto a su maestro Bonilla, se distanciaba radicalmente del núcleo orteguiano, y se colocaba en una posición de «independencia radical» frente a lo establecido. Nótese además que, como algún autor ha apuntado, existía un claro distanciamiento de Bonilla respecto de la I.L.E., por causa del establecimiento del Instituto Escuela, así como de Ortega, por razones, al parecer, de tensiones en una anterior oposición a psicología, la de la Universidad de Barcelona, donde fue derrotada la candidatura de don Eugenio d'Ors (Navarro, 1994).

Pero además, Gil Fagoaga se iba a situar en una actitud de alejamiento y reconcentración sobre sí, ajeno a cualquier polémica, ajeno incluso a cualquier pública manifestación de sus puntos de vista. Y lo singular del caso es que, con la guerra civil, no iban a modificarse los datos del problema, ni tampoco la respuesta que él iba a dar. Frente al escolasticismo, básicamente tomista, de estudio del ente y las esencias, también iba a tomar igual o mayor distancia, permaneciendo callado en cuanto a publicaciones se refiere, y conservando su personal modo de ver intacto y ajeno a las presiones del momento. Y, lo que es más grave: cuando, tras la guerra civil, se produjo la tremenda transformación de la Facultad de Filosofía, al desaparecer de ella Ortega, y Besteiro, y Gaos, por razones políticas, y producirse el alejamiento de Zubiri por imposiciones del Obispo de Madrid relacionadas con su secularización, y producirse además el temprano fallecimiento de Morente, Fagoaga quedó aislado de la ola escolástica que iba a producirse, anclado en su visión schopenhaueriana, y ocupado en sus pequeñas tareas de aplicación de tests, de uso interno para aquella cátedra.

Como un fiel discípulo de Pirrón, o de Epicuro, o de los antiguos socráticos de la Grecia romanizada, había hecho de la filosofía un modo de vida, fundado en cierto modo de ver el mundo, que bastaba a su vivir personal dándole sustancia y autonomía. Era un silencio en gran medida sostenido por su profesional orientación a una disciplina distinta del puro quehacer metafísico, como es el caso de la psicología, donde, no obstante, también iba a situarse de modo muy peculiar, como se verá a continuación.

b) Su posición en el mundo psicológico

Como ya sabemos, Fagoaga obtuvo la Cátedra de Psicología llamada «Superior» en la Universidad de Madrid, en 1923. En aquel momento, la psicología científica iba adquiriendo peso en nuestro país. Mientras la cátedra de psicología que él iba a desempeñar formaba parte de las estructuras en que se organizaba la enseñanza superior de la filosofía,

y era por tanto una cátedra filosófica, existía otra, de psicología experimental, en la facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, que había ocupado durante casi veinte años, hasta su muerte en 1921, Luis Simarro, psiquiatra próximo a la Institución Libre de Enseñanza.

Esta psicología que se expande por el país viene sostenida por sus aplicaciones técnicas. La psicología teórica, creada en Alemania por Wundt, había muy pronto puesto de manifiesto enormes potencialidades para su aplicación a la solución de problemas prácticos de interés social. El alemán William Stern había publicado una *Psicología Aplicada* en 1903. En la misma se incluía, primero, una psicognosia destinada a realizar un diagnóstico o conocimiento del estado psíquico de los individuos; después, una psicotecnia, cuyo objetivo era hacer posible la intervención y cambio del estado psíquico encontrado en los sujetos. Se trataba, pues, de un conocimiento que hacía posible una técnica, unas aplicaciones, y unas posibilidades de cambio y modificación de situaciones colectivas e individuales con valor y utilidad para la sociedad.

Habían ido surgiendo, desde principios de siglo, trabajos aplicados de utilidad creciente, algunos muy concretos, sobre las dactilógrafas y secretarías (Herbetz, 1908), la selección de aviadores (Camus y Nepper, 1915), chóferes (Moede y Piorkowski, 1916), aptitudes para diversas profesiones (Münsterberg, 1912), estudio de movimientos en el trabajo manual (Gilbreth, 1911), y muchas otras aportaciones que habían encontrado un lugar singularmente apropiado para su desarrollo cuando se produjo la I Guerra Mundial, que obligó a movilizar y a entrenar de modo más o menos técnico innumerables individuos en tiempos breves. Así, por ejemplo, habían nacido los *Army Tests* del ejército americano, pruebas psicotécnicas que se aplicaron a casi dos millones de personas en un tiempo récord (Napoli, 1981).

Había además aparecido una técnica de medida de la aptitud individual para la educación, y la capacidad para tareas intelectuales, que iba a ser concebida como inteligencia, y que desde 1905 podía ser medida y cuantificada con objetividad, gracias a los hallazgos del psicólogo Alfred Binet, creador del primer gran test de medida de la inteligencia.

Todo ello había ido llegando a España. Una vía había sido la del estudio de los niños anormales. El doctor Lafora, gran figura de la psiquiatría y amigo y coetáneo de Ortega, había publicado un importante libro en 1917 donde se daba una visión general del tema. También se había creado un Patronato Nacional de Anormales, en 1914, interesado en hacer frente al gran reto de la educación de deficientes. Además, en una sociedad industrial incipiente, los problemas de selección de trabajadores y la rehabilitación de aquellos accidentados que quedaban incapacitados

para su oficio, pero eran aún útiles para reajustarse a la vida productiva, requerían también estudios diagnósticos y formación de planes de entrenamiento y reeducación.

Ese lugar es el propio del psicólogo, especialmente el del aplicado. Este se ocupa de estudiar la relación hombre-medio, para adaptarle y proporcionarle una mayor calidad de vida. En Barcelona primero, por obra de Emilio Mira, y en Madrid, por obra de José Germain -dos coetáneos de Fagoaga, miembros de su misma generación-, se van desarrollando centros, instrumentos, pruebas psicotécnicas, y toda una red de intervención, que se plasma en la red de oficinas-laboratorios creados en 1928, dirigidos unos por el centro catalán que dirigía Mira, y los otros por el centro madrileño regido por Germain.

Fagoaga tuvo sentido para lo que estaba haciéndose a su alrededor. Percibió con claridad la exigencia de una acción psicotécnica, como resultado del saber del psicólogo. Y aunque él no formaba tales, y enseñaba a jóvenes licenciados en filosofía, sus contados trabajos, y desde luego los más serios, están orientados en esta dirección.

En 1926 tradujo y publicó, sin nota ni adición alguna, el test para medida de la inteligencia que Terman elaborara mediante su revisión de la prueba seminal de Binet-Simon (Gil Fagoaga, 1926); hay que notar que en la versión de Fagoaga el material para su aplicación no está completo, ya que éste remite a la carpeta editada por Harrap and Co., en Londres, para disponer de ciertas láminas indispensables para el examen (G.Fagoaga, 1926, 193). El test de Binet ya había sido dado a conocer en nuestro país años atrás por diversos autores -Lafora, Anselmo González, Domingo Barnés, etc. (Arbulú, 1994)-; también se conocían trabajos sobre el tema de Claparède, cuyo libro principal había sido traducido por Barnés, profesor de psicología en la Escuela Superior del Magisterio. Poco después, en 1930, Germain y Rodrigo publicarían de modo aún más completo, con tablas para calcular los cocientes de inteligencia, la prueba de Terman, (Germain y Rodrigo, 1930). Se trata de lo que suele conocerse como una edición experimental, que haría posible su uso en las clases con sus alumnos (Gil Fagoaga, 1929, 86).

De todos modos, su obra más ambiciosa en este campo es su trabajo sobre «La Selección profesional de los estudiantes», discurso que preparó para la apertura universitaria del curso 1929-1930 (Gil Fagoaga, 1929). Este trabajo se estructuraba, al decir de su autor, en tres partes: una «acerca de la psicología de las profesiones, revisándose en ella las clasificaciones de Huarte, de Piorkowski y de Lipmann, ... estableciéndose después una nueva clasificación fundada en principios estrictamente psicológicos...»; otra, una exposición de los procedimientos psicotécnicos

de examen, midiendo 'niveles' mentales según Terman, y estableciendo 'perfiles' según el procedimiento de Rossolimo, junto a un ingenioso método de porcentaje profesional, que daría una localización relativa del sujeto para una población y una profesión; finalmente, introduce ideas de la organización científica del trabajo, como esquema marco para evaluar los resultados de la selección.

En este contexto de su producción psicológica se da un hecho singular: Fagoaga no volvió a publicar ningún trabajo empírico en esta dirección, ni tomó parte en los congresos psicotécnicos celebrados en España bajo los auspicios de Mira y Germain, en Barcelona (1921 y 1930); no publicó nada en la revista que entonces se ocupaba de psicología, los *Archivos de Neurobiología*, fundada en 1920 por Lafora, Sacristán y Ortega, ni en la posterior *Revista de Psicología i Psiquiatria*, fundada por Mira y Xirau en Barcelona en 1934. Fagoaga, dominado por su espíritu individualista, se mantuvo alejado del movimiento psicotécnico, encapsulado en su cátedra, tal vez en parte como resultado de las distancias institucionales que podían llegar a crearse entre un profesor universitario de aquella época y los incipientes profesionales que comenzaban a abrir camino a la psicología aplicada en el mundo de la escuela, la clínica o la industria.

Fagoaga también quedó al margen del proceso de restablecimiento de la psicología científica en nuestro país. La obra de Germain, y de los discípulos de éste, entre los que se cuentan los maestros de la psicología de hoy Mariano Yela, José Luis Pinillos, Miguel Siguán, Francisco Secadas, se hizo de espaldas a la cátedra de psicología, y fue su antiguo rival de oposición, don Juan Zaragüeta, quien terminaría por dirigir la Escuela de Psicología que se estableció en 1953, origen de los primeros psicólogos diplomados españoles.

Parece que ninguno de estos vaivenes académicos le afectó lo más mínimo. Instalado firmemente en sus opiniones, en su independencia, en el quehacer de una actividad de cátedra que no se resentía poco ni mucho de su falta de publicidad, el profesor que muchos hemos conocido derrochaba energía en sus clases, sometía a los alumnos a una serie de pruebas, producía diagnósticos, hacía exámenes orales, dura prueba para muchos, sometidos a la pertinaz inquisición del viejo profesor sobre unas materias para las que tan sólo había como base los mejores o peores apuntes tomados en clase... Su personalidad singular, para quienes estudiamos con él, allá por los años 50, parecía envuelta en fragancias de Ateneo, modernismo, *art Deco*, facultad de pre-guerra. Representaba una modernidad frente al tomismo medieval entonces reinante. Significaba, también, un modelo de universidad individualista, personalista, cuya hora empezaba ya a pasar.

En 1980 escribió unas breves páginas autobiográficas que luego aparecieron en la *Revista de Historia de la Psicología*. Son páginas centradas en su vida personal, donde apenas se alcanza a percibir su particular modo de valorar y sentir los problemas intelectuales y las vicisitudes históricas por que ha pasado. De todos modos incluye, al final, unas notas o rasgos de su autodiagnóstico, que resultan enormemente significativos para reconstruir creativamente un período de la psicología española a través de su figura: «Calma con una voluntad firme, espíritu crítico sobre toda novedad, revestimiento estético de la realidad pura, serena economía en el curso de la vida, afán de progreso dentro de lo posible, independencia radical atacando lo establecido, amor a la humanidad reconociendo sus defectos, alegría permanente superando la desdicha y el dolor» (Gil Fagoaga, 1980, 3-4, 265).

No hay duda: La personalidad de este hombre, individualista hasta la médula, colocó su cátedra de psicología en un cielo empíreo que la alejaba de las contingencias políticas y sociales de su época, al tiempo que la desconectó del pausado avanzar de la ciencia de su tiempo. La recuperación de la investigación en nuestro país no pasó por aquel lugar. Lo que en algún modo puede verse como atractivo personalismo, puede haber sido también rémora y carga para el desarrollo de la ciencia en nuestro país. Habrá que ver lo que una reciente edición de apuntes inéditos (Oreja et al., 1995) puede aportar a nuestra cultura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AZORÍN (1961): *La generación del 98*. Ed. de A. Cruz Rueda. Salamanca, Anaya.
- ARBULÚ, L. (1994): Influencia temprana de Binet en la psicología española. *Rev. Hist. Psicol.*, vol. 15, nº 3-4: 275-280.
- CARPINTERO, H. (1994): *Historia de la psicología en España*, Madrid, Eudema.
- CARR, R. (1966): *Spain, 1808-1939*, Oxford, Clarendon Press.
- GARCÍA MORENTE, M. (1996): La filosofía en España, *Revista de Filosofía*, 15, 3-15.
- GERMAIN, J. Y RODRIGO, M. (1930): *Pruebas de Inteligencia*. Madrid, La Lectura.
- GIL FAGOAGA, L. (1926): *Pruebas para la medida de la inteligencia*, según Lewis M. Terman, o revisión de Stanford de la Escala de Binet y Simon. Adaptación española por..., catedrático de Psicología superior en la Universidad Central, en *Conferencias y trabajos*, Universidad de Madrid, Madrid, 165-230.

- GIL FAGOAGA, L. (1929): *La selección profesional de los estudiantes*, Madrid, Universidad Central de España, 186 pp.
- GIL FAGOAGA, L.(1980): Autobiografía. *Rev. Hist. Psicol.*, vol. 1, nº 3-4, 261-266.
- MARÍAS, J. (1949): *El método histórico de las generaciones*. Madrid, Revista de Occidente.
- NAPOLI, D. (1981): *Architects of Adjustment*. Port Washington, N.Y., National Univ. Publications.
- NAVARRO, C. (1994): *Aproximación sociohistórica a la psicología científica en España (1902-1936): El proceso de institucionalización*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, Mimeo.
- ORTEGA, J. (1957): *Obras Completas*, tomo I, 4ª ed. Madrid, Revista de Occidente.
- RACIONERO, Qu. (1995): Prólogo a Oreja, F. et al., *La filosofía truncada*. Fundación L. Gil Fagoaga, /Requena-Madrid/Trotta.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1981): *Recuerdos de mi vida: Historia de mi labor científica*. Madrid, Alianza.